

# CARTA PASTORAL

A los sacerdotes, miembros de la vida consagrada  
y fieles laicos de la Archidiócesis de Toledo

## “TESTIGOS DE LA MISERICORDIA DIVINA”

Año Sacerdotal 2023-2024



✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España





**CARTA PASTORAL**  
**A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA VIDA**  
**CONSAGRADA Y FIELES LAICOS**  
**DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO**

**«Testigos de la**  
**Misericordia Divina»**

**Año Sacerdotal 2023-2024**  
**en la Archidiócesis de Toledo**

**15 de agosto de 2023**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES**  
**Arzobispo de Toledo**  
**Primado de España**

Portada: Biblia de San Luis, S. I. Catedral Primada.

Edita: Arzobispado de Toledo.

Toledo, 15 de agosto de 2023.

D. L. TO 305-2023.

## INTRODUCCIÓN

1. «Testigos de la Misericordia Divina»: así nos sentimos todos los que hemos experimentado en nuestras vidas el amor redentor de Dios, capaz de perdonar, sanar y «hacer nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Del Corazón de Jesucristo ha brotado para todos los hombres el agua y la sangre que nos purifica y renueva, que se nos da a través de los sacramentos en la redención ofrecida por el Señor, a través de su Iglesia, y con la colaboración necesaria de sus sacerdotes. Ellos son los **«amigos fuertes de Dios»**, que se han convertido de redimidos por Cristo en redentores con Cristo, sus colaboradores para llevar adelante la obra de la redención del mundo.

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos, al Verbo de la Vida, eso os anunciamos para que vosotros tengáis comunión con nosotros, con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 1.3). En este **año sacerdotal** en la archidiócesis de Toledo, nuestro deseo es que se vea en la Iglesia el Corazón de Cristo, que se trasluzca especialmente en la vida y en el ministerio de los sacerdotes, y que todo el pueblo de Dios pueda palpar y anunciar el Misterio de ese Amor Redentor de Dios por todos y por cada uno de los hombres.

2. Cuentan de la vida del gran músico italiano Giacomo Puccini, que tuvo que afrontar la composición musical más difícil de su vida al final de sus días. Se trata de una de las óperas más famosas de la historia de la música, y de las más difíciles de interpretar: Turandot. El carácter extremo de los agudos impone un sobreesfuerzo a las sopranos. Narra la victoria del amor sobre el odio, e invita en esa famosa aria «Nessun dorma», a vigilar y a no dejarse llevar por el sueño para contemplar la victoria del príncipe. Al compositor le sobrevino la muerte cuando estaba

a punto de completarla. Su discípulo más aventajado se atrevió a terminar los últimos compases para que se pudiera estrenar la producción.

Cuando llegó el momento del esperado estreno, la orquesta interpretó con vivacidad toda la composición, pero llegado el momento final, cuando tocaron el último compás de Puccini, el director mandó callar al coro y a la orquesta. Bajó el telón. Y él dijo ante el auditorio: «Hasta aquí, el Maestro». Todos se emocionaron, y hubo un silencio atronador. Unos instantes después, dijo también en voz alta: **«sus discípulos la hemos continuado»**. Interpretaron la última coda, y el público estalló en aplausos al asistir a ese final inesperado.

3. *Mutatis mutandis*, esta anécdota de la Historia de la Música nos sirve para iluminar la obra de la Redención que está en marcha. De alguna manera, la Pasión de Cristo ha sido «el canto del cisne» con el que el Amor de Dios ha puesto un límite al mal con su misericordia, y ha ofrecido la salvación a todos los hombres. Ahora bien, se trata de un cáliz que, si no se bebe, no cura. Y esa redención objetiva que ha abierto las puertas de la gracia y de la vida eterna, tiene que ser recibida y acogida por cada uno en particular. Se trata de una obra que está llamada a acabarse en el tiempo de la Iglesia. Y el testigo para completar esa tarea lo han tomado de forma directa los sacerdotes de Jesucristo. Podríamos decir que ellos son como los directores de esa orquesta magnífica que interpreta la melodía del evangelio de generación en generación. Responsables de buscar la unidad y la armonía, ofreciendo la cuerda musical más apta para sus cualidades, encargando de hacer sonar el instrumento más necesario en cada circunstancia a cada persona, en cada tiempo y lugar. Para que con la mediación de todos los bautizados, que también han recibido un sacerdocio bautismal, la voz de Cristo llegue a todos los hombres hasta el final de la historia.

A diferencia de Puccini, Jesucristo sigue vivo en cuerpo y alma en el cielo, y sigue conduciendo la historia a su término. Pero es verdad que la historia de la salvación ha pasado a otra fase, en la que, misteriosamente, ha confiado a Su Iglesia, y a la libertad y responsabilidad de cada cual, elegir el camino de la vida ganada o el de la muerte a

que aboca nuestra condición. No deja de ser un misterio, que vela y revela a la vez, la Misericordia de Dios, el que haya depositado los tesoros de la redención en manos pecadoras como las nuestras. Cada sacerdote es como esa vasija de barro de la que habla el Apóstol (2 Cor 4, 7), que lleva consigo un tesoro que le ha cambiado la vida y que le impele a entregarse y entregarlo del todo. Lo subrayaba nuestro recordado Benedicto XVI en la clausura del año sacerdotal que convocó para toda la Iglesia en el 2009: «El sacerdocio no es un simple ‘oficio’, sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta **audacia de Dios**, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra ‘sacerdocio’»<sup>1</sup>.

4. Para expresar los rasgos de esa misión que Jesús confió a sus apóstoles, tendríamos que recorrer muchas páginas de la Escritura. Quizá, las imágenes que utilizó con mayor abundancia están ligadas a dos de los oficios más comunes en su tiempo, y que la Tradición de la Iglesia ha glosado con abundancia. Jesucristo pidió a los suyos ser «pastores» y ser «pescadores». Yo añadiría que, de forma particular en este tiempo, estamos llamados a ser **«Pastores y pescadores con corazón»**. Y esas dos imágenes se funden en un pasaje del evangelio que recoge el encuentro de Jesús Resucitado con Pedro antes de ascender a los cielos, para sanar las heridas del pecado de su negación y para volver a confiarle el cuidado de su rebaño tras haberle hecho testigo del milagro de la segunda pesca milagrosa en el lago de Tiberíades. Quería ofrecer a todos la lectura y meditación de esta perícopa de Juan 21, como un icono bíblico que puede guiar, como imagen, todo este curso pastoral, en el que rezamos para que nuestros sacerdotes se vuelvan a ilusionar con la llamada que han recibido. Como en años

---

1 Benedicto XVI, «Homilía en la Misa de Clausura del Año Sacerdotal». AAS CII (2010/7), p. 377.

anteriores, se trata de descubrir también la complementariedad de todas las vocaciones, y redescubriendo el sacerdocio bautismal, que todos los hijos de Dios colaboremos desde nuestra forma de vida, a avivar los carismas recibidos para escuchar con mayor claridad la voz del Pastor eterno, que no abandona a su rebaño, sino que, por medio de sus apóstoles, lo protege y conserva (cf. Misal Romano, Prefacio de los Apóstoles I).

## CAPÍTULO I «SI AMAS, APACIENTA»

5. El epílogo del evangelio de san Juan recoge esa hermosa escena en que se describe a la vez el desconcierto y la confusión de los que han vivido el Misterio de la Cruz, y reciben el toque delicado de la gracia para recuperar la esperanza y volver a ser llamados a la Misión de la Iglesia. Escuchemos el relato del discípulo amado:

*«Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: 'Me voy a pescar'. Ellos contestan: 'Vamos también nosotros contigo'. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: 'Muchachos, ¿tenéis pescado?'. Ellos contestaron: 'No'. Él les dice: 'Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis'. La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: 'Es el Señor'. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: 'Traed de los peces que acabáis de coger'. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.*



*Jesús les dice: ‘Vamos, almorzad’. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: ‘Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?’. Él le contestó: ‘Sí, Señor, tú sabes que te quiero’. «Jesús le dice: ‘Apacienta mis corderos’. Por segunda vez le pregunta: ‘Simón, hijo de Juan, ¿me amas?’. Él le contesta: ‘Sí, Señor, tú sabes que te quiero’. Él le dice: ‘Pastorea mis ovejas’. Por tercera vez le pregunta: ‘Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?’. Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: ‘¿Me quieres?’ y le contestó: ‘Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero’. Jesús le dice: ‘Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras’. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: ‘Sígueme’.*

*Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: ‘Señor, ¿quién es el que te va a entregar?’. Al verlo, Pedro dice a Jesús: ‘Señor, y este, ¿qué?’. Jesús le contesta: ‘Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme’. Entonces se empezó a correr entre los hermanos el rumor de que ese discípulo no moriría. Pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: ‘Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué?’. Este es el discípulo que da testimonio de todo esto y lo ha escrito; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero» (Jn 21, 1-24).*

6. Permitidme ahora que profundicemos en el texto haciendo una lectura meditativa siguiendo los versículos del evangelio:

***En aquel tiempo Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades y se apareció de esta manera:***

Es la cita de Jesús Resucitado en la vida «Id a Galilea y allí me veréis».

Jesús, como Buen Pastor, busca la oveja perdida, va siempre a buscar «lo que estaba perdido». El lago Tiberíades es una cita con el amor primero de los apóstoles. Aquí llamó Jesús a algunos, invitándoles a ser pescadores de hombres.

***Estaban juntos Juan, Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos (Santiago y Juan) y otros dos discípulos suyos.***

Los apóstoles, por el misterio de la cruz, han quedado rotos en la comunidad apostólica, se han disgregado... «herirán al Pastor y se dispersarán las ovejas». ¿Por qué no han acudido todos a la cita? La pasión, con su muerte ha sido como una bomba atómica que ha destruido una por una todas sus ilusiones y esperanzas. Como con los de Emaús (Cf. Lc 24). Quizá esperanzas todavía demasiado mundanas.

***Simón Pedro les dice: me voy a pescar. Ellos contestan: vamos también nosotros contigo.***

La experiencia de la cruz, de la pasión, les ha puesto en una situación nueva. Son más humildes. Se han hecho dóciles para caminar juntos y para no separarse. El pasarlo mal a veces nos une. Cuando percibimos que es clave la comunión y la vida fraternas, nos crecen las alas para caminar juntos con alegría.

***Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.***

La vida es noche, es estéril, cuando vivimos sin Jesús. Aquella noche no pescarán nada. En el fondo es siempre una llamada a vivirlo todo «por Cristo, con El y en El»: aun en medio de todas nuestras noches y oscuridades, sabemos que el Señor se presenta en la orilla de nuestra vida. Está siempre en nuestros amaneceres. Se presenta, en medio de

la niebla y la bruma que en todo amanecer existe en los lagos. Se hace presente siempre en todas nuestras oscuridades.

***Jesús les dice: Muchachos, ¿tenéis pescado? Ellos contestaron: no. Él les dice: echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.***

La palabra muchacho es muy coloquial y cordial. Es un Jesús cercano y amigo. Resucitado y resucitador. Pregunta y espera. Es evidente su fracaso y sin embargo quiere que se lo cuenten. Por eso, la respuesta de que no hemos pescado nada, habla de transparencia y sinceridad, clave en la conversión.

***La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor».***

La docilidad a la palabra de Jesús hace que la noche y las redes vacías se conviertan en fecundidad, en unas redes llenas. Este «signo» hace que «el discípulo amado» por tener limpio el corazón, descubra que es Jesús el que siempre está en la orilla de nuestra vida alentando la esperanza. El libro de Romano Guardini, «El Señor», parte de esta confesión de fe que hace san Juan: «Jesús es el Señor». Es nuestra vida. Es lo que nos hace caminar juntos con alegría. Es para lo que existe y vive la Iglesia, para anunciar que Cristo vive, resucitado y resucitador.

***Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua.***

Pedro tiene una herida inmensa en su corazón. Ya nada será igual. Le ha negado. Mira que no lo repitió y le recordó una debilidad. Le ha fallado. Sin embargo, sigue albergando en su corazón una tenue esperanza. Por eso «desnudo», como está se tira al agua. No espera. El místico Juan lo ve. Pedro se «moja» porque quiere encontrarse con quien le ha elegido. Necesita pedirle perdón. Va así a Jesús, nadando, pero no puede esperar. Quiere pedirle perdón. Quiere abrazarle en su pobreza y miseria.

***Los demás discípulos se acercaron a la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces.***

Se acercan todos los demás a Jesús en la barca. Es la Iglesia en la que, caminando juntos, van al encuentro con el Resucitado que siempre nos espera en la orilla, después de una noche oscura intensa. Siempre la Iglesia encuentra en su travesía por la historia que Jesús sigue en la barca, aunque parezca que se hunde, y la conduce a puerto de paz.

***Al saltar a tierra, ven unas brasas, con un pescado puesto encima y pan.***

Nos espera Jesús con su corazón abierto. Como fuego, como brasas, sobre las cenizas de todos nuestros desánimos y oscuridades.

Pedro, descubre que Jesús va a curar sus heridas. Primero, preparándole el Señor un desayuno al amanecer ¡Me fío de un Dios que te prepara un desayuno al amanecer! ¡Me fío de un Dios que está hasta los detalles humanos, para curar heridas y abrir esperanzas! Pedro inicia un camino de sanar el corazón herido, volviendo al hogar de su Corazón, que nos invita a remover las cenizas para que, soplando sobre ellas con su Espíritu, se puedan descubrir las brasas ardientes del Amor de Dios.

***Jesús les dice: «traed de los peces el que acabáis de coger».***

La segunda clave de Jesús, con el alma herida de Pedro y de los que le abandonaron ante el escándalo de la cruz, es que vuelve a contar con él. Cuenta siempre con nosotros. Traed los peces que acabáis de pescar: es saber que Él sigue contando siempre con nosotros, para seguir evangelizando y llevando su Amor redentor a todos.

Podía decirles Jesús: ya no cuento con vosotros porque me habéis fallado. Jesús sigue construyendo desde nuestra debilidad. Sigue haciendo su obra contando desde nuestra nada. Esta es la mayor autoestima que tenemos los que seguimos a Jesús: que Él sigue construyendo para hacer su obra de amor, contando con nuestros materiales pobres.

***Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.***

Juan está preocupado por la unidad, que ya desde el principio, está continuamente amenazada. Ya ha surgido la primera herejía del docetismo que niega la humanidad de Jesús, la encarnación, que Jesús sea hombre. En el fondo es el desprecio a la maternidad, a lo humano. ¿Cómo Dios puede hacerse hombre, cuando ser hombre es algo tan irrelevante, tan vulgar, tan poco atractivo? Juan va a insistir en que el Verbo se hizo carne («sarx», en griego) y va a insistir en la Madre de Jesús, en su verdadera humanidad, insistirá en su carta en «lo que hemos visto y oído, tocado y palpado», que el Verbo se hizo carne, hombre con todas las consecuencias, como Redentor del hombre.

Este «no se rompió la red» significa que no se rompe la comunidad. Antes, Cristo ha gritado en su oración con corazón sacerdotal, oración de la unidad, «Que todos sean uno» (Jn 17, 21). Aquí se ve que, ante las primeras herejías, que tratan de dinamitar la unidad, Juan presenta una y otra vez en la práctica el testamento de Jesús: que sean uno. Aquí «no se rompió la red». Estando en la red, en la Iglesia, todas las clases de peces que se creían que vivían en el mar. La Iglesia Madre es como una red que acoge a todos, y si está Jesús en medio, la unidad se asegura, manteniendo la unidad en lo esencial y sustancial y la pluralidad en lo adjetivo.

***Jesús les dice: vamos a almorzar. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.***

También nuestro corazón está herido por el pecado. El Señor lo sana con nuestras debilidades, invitándonos a comer a su mesa de la Eucaristía. El Señor siempre nos cura en la intimidad de la Eucaristía, celebrada, comulgada y adorada.

***Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta***

***fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.***

Sus heridas nos han curado. La Eucaristía es siempre sanadora, es siempre transformadora. Comer su cuerpo y su sangre, tener vida plena, vida eterna: «quien come de este pan vivirá para siempre». Es saber que su carne es verdadera comida y su sangre bebida. Estamos en el misterio central de nuestra fe, de Cristo muerto y resucitado, en el misterio pascual. El Concilio Vaticano II, a la Eucaristía, la llama fuente y culmen de la vida cristiana (LG 11).

***Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Él le contestó: «Si, Señor, tú sabes que te quiero».***

Le llama Jesús a Pedro, de su soledad amargada, a su soledad acompañada con su presencia. Simón ¿me amas? Es la clave de toda la vida de seguimiento de Jesús. ¿Me amas tú, como cuando te elegí? Incluso te lo pregunto después de tus caídas, para que tengas la posibilidad de reparar con amor tanto amor despreciado. Solo cuando nos encontramos en la intimidad del corazón, podemos decir: sí, Señor, tú lo sabes todo, sabes de mi pecado y debilidad, pero sabes que, lo que te dije en Cafarnaúm, lo sostengo. Allí: ¿Dónde vamos a ir, si sólo tú tienes palabras de vida eterna? Cuando nos presentamos ante ti, sabemos que vamos a ser llenados de su Amor.

***Jesús le dice: «apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero» Él le dice: «Pastorea mis ovejas».***

Sólo cuando amamos a Jesús, Él nos encomienda lo que más quiere, lo que más le importa. A Juan le encomendó a su Madre. A Pedro su Iglesia. Pero siempre después de que le digamos con nuestra vida: tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero. Es verdad que como no amemos a

Jesús no nos encomendará sus cosas más queridas. El Señor sólo pone en nuestras manos, aunque él sabe que somos pecadores, sus cosas más queridas, cuando se dice una y otra vez: tú sabes que te quiero.

***Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice «Apacienta mis ovejas».***

A la tercera vez que le pregunta si le ama, se entristece Pedro. Recordó lo del gallo. Pero se lo recuerda en aquellos momentos en que puede decirle que le ama, que ha sido su amor total. Sabe que se lo ha dado todo desde su pecado y debilidad. Ante todas las formas de seguimiento de Cristo, de amor sponsal, de amor de amistad, de seguimiento de Jesús.

Le ha seguido en todo. Lo que le ha pedido el Señor y ahora le pide es que le siga desde sus heridas, desde su pecado. Debe confiar en que el Amor incondicional de Jesús es un amor que nunca falla. Le vuelve a preguntar y le vuelve a remitir a las ovejas, a que no se quede en sus limitaciones, sino en el Amor que una y otra vez le reclama Jesús, invitándole a que confíe en quien le llamó y que apaciente sus ovejas.

***En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».***

Desde su experiencia de haberle fallado a Jesús, desde sus heridas por no haber estado a la altura de la confianza de quien le llamó, Pedro comienza a descubrir que este camino de seguimiento a Jesús, de debilidad y deseo de fidelidad no acaba nunca. Tiene que pasar por la noche, oscuridad de sus valles oscuros, para remontar y ponerse en sus manos con una infinita confianza. Muchos han visto aquí la entrada, después de tanta noche oscura en la luz de la auténtica vida mística, de estar y entrar en el misterio de Dios. Un misterio que tiene más

que ver con el abandono confiado... «cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá (te vestirá) y te llevarán adonde no quieras». En el fondo es pasar de creer en un amor que nos hace autosuficientes y donde nosotros somos el centro, a su amor verdadero, de dejarse y darse. De ponerse en sus manos con una infinita confianza.

***Pedro, volviéndose vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: «Señor, ¿Quién es el que te va a entregar? Al verlo, Pedro dice a Jesús: «Señor, y este, ¿Qué?»»***

Todavía Pedro tendrá que seguir recorriendo el camino de la auténtica conversión. Nunca estamos convertidos de todo. Siempre nos falta «algo» por ser ese «alguien» que el Señor nos señaló desde toda la eternidad y que nos invita a cumplir los preceptos de su Corazón que subsisten de edad en edad. ¿Cuál sigue siendo la asignatura pendiente en la conversión de Pedro? El no mirar a otros. Decía San Juan de la Cruz: no mires a nadie (comparándote con él), que te turbarás. ¿Por qué Pedro sigue mirando de reojo a Juan? ¿Qué le importa el plan que tiene el Señor sobre Él? ¿Por qué en su autoridad quiere tener todo atado y bien atado? Jesús le tira de las orejas. Al mirar al «discípulo amado» cae en el error y la tentación de no saber que Dios tiene para cada uno de nosotros un plan único e irrepetible.

***Jesús le contesta: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme. Entonces se empezó a correr entre los hermanos el rumor de que ese discípulo no moriría. Pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué?» Este es el discípulo que da testimonio de todo esto y lo ha escrito; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero.***

La contestación de Jesús en el fondo es decirle: no voy a saciar tu curiosidad. Algunos buscan en el evangelio, en el seguimiento de Jesús, en la santidad, el saciar ciertas curiosidades que el Señor nunca



nos cuenta, por eso acuden a lo extraordinario (visiones, revelaciones, apariciones) para no vivir el camino de lo ordinario, que es al que invita Jesús a Pedro: «confirma a tus hermanos en la fe». Tú, Pedro, le dice Jesús, sígueme. Este es el don y la tarea. Esta es la santidad. Este es tu proyecto pastoral de vida. Aquí te lo juegas todo y «deja que los muertos entierren a sus muertos».

7. La riqueza de la Palabra de Dios es insondable, y seguramente que este pasaje evangélico tiene mucho que sugerirnos a todos a lo largo de este curso. San Agustín, leyendo estas palabras de Jesús a Pedro, las sintetizaba diciendo: «Si diligis, pasce...» (Serm. 146), es decir, «si amas, apacienta...». La caridad pastoral es la esencia de la santidad sacerdotal, y pido al Señor que nos conceda ese amor pastoral capaz de derretir los corazones más endurecidos y de abrir a todos a la anchura, la altura y la profundidad del amor de Cristo crucificado. En el capítulo siguiente, intentaré desgranar algunos elementos del sacerdocio ministerial que considero especialmente relevantes para vivir hoy nuestra llamada, y en el último, procuraré delinear algunas claves con las que todos los fieles podemos asociarnos a vivir la ofrenda de nuestra vida, nuestro sacerdocio real, colaborando con nuestros pastores para la santificación del mundo en que nos ha tocado vivir.

## CAPÍTULO II

### «EL SACERDOTE, PERSONIFICACIÓN SACRAMENTAL DE JESUCRISTO»

8. «Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor; proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu. En una palabra, los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para la edificación

de la Iglesia, personificando a Cristo, Cabeza y Pastor, y en su nombre» (Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*, nº 15).

Estas palabras de san Juan Pablo II, en el documento que siguió al Sínodo sobre la vocación sacerdotal, recogen muy bien el sentir de la Iglesia sobre el ministerio que ha sido confiado a los sacerdotes. Ellos no son simples hombres del culto, ni meros guías de la comunidad, ni siquiera los voceros autorizados del evangelio sin más. Son todo eso y mucho más, porque, por la consagración sacerdotal, quedan identificados ontológicamente con Jesucristo y están llamados a ser **«personificación existencial de Cristo»** para la Iglesia. Se produce una unión misteriosa entre el sacerdote y Jesús, por la que toma sus labios, sus manos y todo su ser, para hacerlo instrumento suyo cuando dice las palabras sacramentales, y, poco a poco, si hay fidelidad a la gracia, el corazón del sacerdote se asimila al Corazón de Cristo para exhortar en su nombre, y para conducir a los hombres por las sendas de la salvación.

En el sacerdote se visibiliza el rostro de Cristo Esposo entregando su vida por la Esposa que es la Iglesia, por todos y cada uno. Podríamos decir mucho sobre el ser y la vida del sacerdote, y habrá ocasión, a lo largo de este año, de dirigirme específicamente a nuestro presbiterio, pero voy a aprovechar estas páginas para glosar algunos rasgos de la misión del sacerdote. Así, todo el pueblo de Dios puede recordar y profundizar en el papel de los ministros de Cristo en la vida de la Iglesia. Tradicionalmente, la Misión de la Iglesia, como prolongación de la de Cristo, se ha desglosado en **una triple función o «munus»**: la misión de santificar, la misión de enseñar y la misión de regir y servir. En el sacerdote, que se une con Cristo Cabeza y Pastor de la Iglesia, esta tarea significa una configuración con Cristo Sacerdote, con Cristo Maestro y con Cristo Siervo. Quiero detenerme en cada uno de estos tres aspectos para intentar decir alguna palabra pertinente al respecto.

### EL SACERDOTE MEDIADOR

9. Todo sacerdocio constituye una cierta mediación entre Dios y los hombres. Es la dimensión más «natural», que en muchas culturas y

religiones han asumido ciertos representantes del pueblo, imprecando ante Dios en favor de sus necesidades. Pero también es un elemento querido por el Dios vivo y verdadero, que se ha revelado en la historia de la salvación, con unos rasgos del todo novedosos. En el Antiguo Testamento, diversos elegidos de Dios han recibido esa misión que preparaba la revelación del sacerdocio definitivo y eterno, el de Jesucristo, Dios y hombre a la vez, la mediación más plena y perfecta que difícilmente alguien hubiese llegado a imaginar. Desde entonces, todo ha cambiado radicalmente, y «hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo» (1 Tim 2, 5). Todos los que se incorporan por la gracia a vivir en Él, tienen un acceso directo al misterio de Dios, pero, a la vez, el mismo Señor ha querido que hombres elegidos por Él prolonguen visiblemente esa misma mediación unidos a Él.

10. El «sacerdocio» es uno de los temas mayores que aparecen a lo largo de toda la Sagrada Escritura. Desde los albores de la historia de la humanidad, quiso Dios asignar una cierta capitalidad a los primeros seres humanos para organizar su obra creadora. El texto de la creación del Génesis, según muchos escrituristas, asigna a Adán un cierto rol sacerdotal, un regalo que perdió con el pecado y cuya recuperación avanzó lentamente a lo largo de la Historia de la Salvación. En el libro del Génesis (2, 15), la tarea de «guardar y cultivar» que Dios asigna al primer hombre, usa los mismos verbos que el libro de los Números escoge para describir la labor de los levitas ayudando al sacerdote Aarón (Nm 3, 6-7. 18, 7). Adán es una especie de **sacerdote primordial** cuando la Creación, no manchada por el pecado, era toda ella un santuario inicial, un jardín en el que Dios podía pasear a la hora de la brisa (Gn 3, 8). De hecho, el mismo calendario litúrgico está marcado por la obra creadora de Dios, toda la creación es un reflejo de su gloria y canta su alabanza en ese designio inicial del Señor<sup>2</sup>. Adán tiene rasgos de profeta poniendo nombre a las criaturas, de sacerdote en el santuario y de rey cósmico como administrador de la obra de Dios.

---

<sup>2</sup> John Bergsma, «Jesus and the Old Testament roots of the Priesthood» (Steubenville 2021), pp. 13-21).

11. Tras el pecado, Dios traza un plan para restaurar la comunión del hombre con Él que pasa por diversas alianzas. En todas ellas, hay una cierta mediación sacerdotal. En ese exquisito respeto de Dios por la libertad del hombre, toda la historia de la salvación está llena de mediaciones libres para iluminar, conducir y fortalecer el camino del hombre hacia su verdadero destino, la felicidad, que se sustancia en la unión con Dios, que restaura la paz original y extiende el reino de la vida a toda la creación.

En Noé hay un primer intento de sanar, con un nuevo inicio, esa ruptura. Noé es descrito construyendo un altar al Señor (Gn 8, 20), y como un nuevo padre de la humanidad, buscando el restablecimiento de la Alianza con Yahvé, con un sacerdocio que, según la tradición judía, pasará de patriarca en patriarca hasta los tiempos de Moisés. La glosa judía a Gn 14, 18 dice: «Los hebreos afirmaron que todos los patriarcas desde Noé hasta Aarón fueron sacerdotes y que el sacerdocio pasó de padre a hijo»<sup>3</sup>. De alguna manera, la paternidad es vista como un sacerdocio natural, y a la inversa, **todo sacerdocio es una cierta paternidad sobrenatural**. Esta relación entre paternidad y sacerdocio influye en el modo en el que todavía hoy llamamos padres a los sacerdotes.

12. Un poco más adelante, en el relato del sacrificio de Melquisedec, hay una referencia misteriosa y profética muy interesante. El nombre de este sacerdote significa rey justo o rey de paz. Y constituye una **prefiguración del sacerdocio de Cristo** evidenciada incluso por la carta magna del sacerdocio en el Nuevo Testamento, que es la Carta a los Hebreos (cap. 7). El sacrificio narrado en Gn 14, 17-18, hecho de pan y vino, es una libación ritual que prefigura el sacrificio eucarístico, y precede a la bendición de Abraham. En este caso, no es un sacerdocio que se transmita de padre a hijo, como ocurrirá después. Este hombre misterioso, sin genealogía conocida, apunta en ese no tener inicio ni sucesión evidentes, al nuevo sacerdocio de Cristo, que dura para siempre, y que ofreció su sacrificio condensando sacramentalmente la entrega de su vida, su cuerpo y su sangre, en la mesa de la Última Cena,

<sup>3</sup> *Glossa Ordinaria*, vol. 1b (The Lollard Society, 1270-1349).

partiendo el pan y ofreciendo el vino. En ese sentido, en el Nuevo Israel que es la Iglesia, el sacerdote no recibe ningún derecho por herencia para serlo, sino que es elegido por Dios y confirmado por la Iglesia, y constituido principalmente para ofrecer el sacrificio eucarístico para el bien de todo el Pueblo de Dios.

13. En el capítulo 22 del libro del Génesis, tenemos una de las prefiguraciones más claras del sacrificio redentor de Cristo. Con Abraham, llamado a sacrificar a su hijo Isaac, su único hijo, se ratifica la fe del **«padre de todos los creyentes»**, al que se remiten judíos, cristianos y musulmanes. La escena tiene lugar en el monte Moria, el lugar en el que Salomón construirá el templo años más tarde (2Cro 3, 1), y que ocupa el centro de Jerusalén, capital religiosa del orbe posterior. Ante la pregunta de Isaac cuando se encaminan a ofrecer el sacrificio ritual: «Tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?», Abraham responde: «Dios se proveerá del cordero para el sacrificio, hijo mío» (v. 8). Dejando abierta la respuesta a esa víctima perfecta hasta el tiempo en que Dios mismo ofrecerá a su propio Hijo para la remisión de los pecados. El versículo siguiente añade: «E iban juntos», apuntando a la cooperación entre el padre y el hijo, que son ambos sacerdotes, aunque el hijo será el que se ofrezca libremente para el sacrificio. Se les permite así entrar en el amor condoliente de la Trinidad. Y el fruto, tras testar esa voluntad total de comunión, es la promesa de una descendencia numerosísima, como las estrellas del cielo y la arena de las playas, porque todas las naciones serán bendecidas a través de su descendencia (Gn 22, 18). Es la mediación de la salvación para todos, se trata del sacerdocio real por el que el Pueblo de Dios se convertirá en cauce de la bendición divina para todos los hombres.

En la vida de Abraham hay otro episodio que ejemplifica su labor de sacerdote mediador. Es el diálogo con Yahvéh ante la condena de Sodoma (Gn 18, 16-33). Como nota Benedicto XVI, en una hermosa catequesis sobre la **oración de intercesión** (18-V-2011), lo llamativo de este episodio no es tanto el tira y afloja de Dios y Abraham, esa

especie de «regateo» de justos por los que conseguir la salvación de las ciudades pecadoras. Lo llamativo es la audacia de la petición: Abraham pide que por unos pocos se salven todos. Y, de alguna manera, esa esperanza amplia y generosa en la extensión de la salvación, está en la oración de cada sacerdote por su pueblo. Para los sacerdotes, hoy también, el encargo de rezar por todos en su pueblo es una tarea fundamental. Prometemos rezar cada día hasta cinco veces, con la liturgia de las horas, en nombre del pueblo y en favor suyo. Y esa oración de intercesión tiene muchos frutos si la hacemos con fe y con **corazón de mediador**. El sacerdote mediador, desde Jesucristo, no es una especie de transaccionista imparcial, sino alguien que toma parte de los dos extremos. En el caso de la intercesión por los hombres ante Dios, hay que cargar con los sufrimientos y males de los hombres: que pasen por el corazón del sacerdote, para presentarlos ante Dios, que está también de parte nuestra, y tomar parte de lo suyo, de los sentimientos de su Corazón. Sólo así nos convertimos en mediadores al estilo de Jesús. Nosotros no somos dioses, pero hemos sido injertados en Cristo, en su humanidad ofrecida y victoriosa por la salvación del mundo. Como dice el responsorio de las segundas vísperas del oficio de pastores: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo».

14. En el libro del Éxodo, encontramos la personificación en Moisés del deseo divino de liberar a su pueblo («Deja marchar a mi pueblo» - Ex 9, 1-), a la vez que la promesa de hacer de este pueblo **un reino de sacerdotes** si escuchan y obedecen su Alianza (Ex 19, 5-6). Este es el sacerdocio que hemos heredado los cristianos en el Bautismo, un sacerdocio real: «un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para anunciar las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (1Pe 2, 9). Unos capítulos más tarde, el sacerdocio de los primogénitos de las 12 tribus de Israel pasa solamente a los hijos de la tribu de Leví, **los levitas**, un giro significativo de la historia de la salvación (Nm 3, 12-13). Es un día triste en la historia de Israel, tras la adoración al becerro de oro, un distanciamiento de

Dios para la mayoría, pero que proveerá de una mediación específica para reparar el pecado y acercar a la comunión con Dios (Lev 5, 5-6). No se va al profeta a recibir perdón, ni al rey para recibir absolución, sino que ese poder reside en el sacerdote.

Pero sólo en el sacerdocio de Jesucristo va a quedar fijada una mediación visible para poder alcanzar la certeza de haber recibido el perdón y la paz que vienen de estar en unión con Dios. La Carta a los Hebreos (caps. 8-10) glosa cómo la fiesta judía del Yom Kippur (Lev 16) era solo una sombra de la gracia que había de venir en Jesucristo. Y cómo el Señor cumplió plenamente con las aspiraciones del corazón humano, expresadas en los rituales de la antigua ley, para obtener **la purificación y el perdón de los pecados**. El Sumo Sacerdote tenía que entrar una vez al año al «santo de los santos» en el santuario, pero Jesucristo ha entrado de una vez para siempre en el lugar más santo, en la intimidad divina, uniendo definitivamente su voluntad a la del Padre. Este perdón ha sido obtenido para todos, del mismo modo que el pecado de Adán tuvo consecuencias para todos (Rm 5, 12). Y Jesucristo lo ha puesto en manos de sus sacerdotes, cuando les ha dicho en el Cenáculo después de resucitar: «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20, 23). ¡Qué regalo de la misericordia del Señor! Poder quedarnos tranquilos al recibir la absolución del sacerdote. Esto no tiene precio. El que piensa que puede tener certeza de ese perdón, sin recurrir a la mediación sacramental en el **sacramento de la Reconciliación**, confesando sus pecados, es que no ha entendido nada de la relación con Dios, del misterio de la Nueva Alianza, del significado del pecado, ni del valor de la sangre de Cristo. Además, nunca encontrará la paz espiritual necesaria, que Dios ha querido regalar utilizando una mediación visible, una palabra eficaz, como la que nos ha regalado en cada sacramento, que tiene su efecto siempre que se celebra, independientemente de la santidad del ministro y de otras circunstancias accesorias. Esta estabilidad es necesaria para llevar adelante la misión de la Iglesia, y así lo han entendido siempre los Padres de la Iglesia, sus santos y doctores. Para nosotros, sacerdotes, hay una obligación de ofrecer con mucha facilidad el acceso a este sacramento

tan necesario, cuya mediación sólo se nos ha entregado a nosotros, y del que el pueblo tiene aprovecharse con asiduidad.

15. Avanzando un poco en la historia de la salvación, encontramos la figura del **rey David** como un estadio más en la revelación de la profundidad del misterio del sacerdocio. David, a pesar de ser de la tribu de Judá, viste un «efod», una vestidura sacerdotal, en el traslado del arca a la que convertirá en la capital del reino, Jerusalén. Él mismo, ofrece sacrificios en el nombre de Dios (1Cro 16, 1-2; 2Sam 6, 13-19), incluyendo un sacrificio de pan y de vino a imagen del de Melquisedec, pues la Escritura insinúa que conecta con él al llegar a la ciudad santa. Y de su pluma inspirada nace el salmo 110, que promete «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec», y que es un himno de coronación del rey sacerdote que solo imperfectamente se alcanza en el Antiguo Testamento, y que preanuncia al Rey Mesías y Sacerdote de los tiempos definitivos. Uniendo de nuevo el sacerdocio levítico con el de Melquisedec, se avanza un paso más en la restauración del sacerdocio definitivo, en la figura el buen Rey, David. «Encontré a David mi siervo, y le he ungido con óleo sagrado» (Sal 89). Él es guía del pueblo y sacerdote a la vez, y esto se produce al fijarse Dios no en las apariencias, sino por una elección libérrima de Dios, que ve el corazón.

De alguna manera, en el misterio de la vocación sacerdotal, se produce un acontecimiento semejante. Se trata de una elección gratuita, no precedida de méritos visibles por nuestra parte. Dios no llama a los capaces, sino que **capacita a los elegidos**. Cada uno de nosotros, de sus sacerdotes, cuando se mira a sí mismo, no encuentra dignidad ni santidad suficiente para acceder a este ministerio. Se trata de una elección libre y radical por parte del Señor. Dios puede preparar el corazón de niños y jóvenes con una cierta inclinación a la unión con Él, a la entrega, al servicio en las cosas de Dios. Pero sólo la mediación de la Iglesia confirma esa llamada interior. Y, en todo caso, lo que hace es reconocer que esa persona ha sido elegida por el amor de predilección del Señor, marcada por su misteriosa sabiduría, para ser ungida con el crisma de la salvación en el día de su ordenación sacerdotal



Esa misma gratuidad, unida al sentimiento de indignidad, aparece por doquier en la **vocación de los profetas**. Jeremías se disculpa diciendo que es un muchacho, y que no sabe hablar, Isaías diciendo que sus labios son impuros. Y la respuesta de Dios es siempre que no son nuestros méritos y capacidades naturales en los que debe reposar nuestra confianza, sino en la pura llamada de Dios, vivida en fe y en unión permanente con Él, para transparentar lo más nítidamente posible su voz, y revelar, en esa desproporción entre su grandeza y nuestra pobreza, que la obra es Suya.

16. Podríamos recorrer muchas otras escenas de la Biblia que describen esa vocación divina que estamos desgranando. Pero la limitación de estas páginas, nos invitan más bien a acudir ya directamente a los textos del **Nuevo Testamento**, para subrayar que el nuevo y definitivo sacerdocio de Jesucristo ha quedado compartido con algunos hermanos a los que Cristo elige con amor de amigo para prolongar visiblemente su misión. Gran parte de la crítica moderna, desde Lutero, ha insistido en negar esa conexión entre el ministerio de Cristo y el ministerio de los sacerdotes de la Iglesia. De hecho, en los últimos tiempos, se ha intentado describir la figura de los apóstoles como desconectada de todo sacerdocio, describiéndola simplemente en términos funcionales de replicación del evangelio y servicio comunitario, despojándolos así de todo carácter sacro. Urge leer la revelación en su conjunto y no dejarse llevar de esas lecturas discontinuistas que se suelen aplicar, en clave dialéctica, a tantas otras cuestiones de la historia de la Iglesia y de la sociedad. En el sacerdocio de Cristo, comunicado a los Apóstoles, hay una novedad radical, si, pero también un profundo enraizamiento en toda la historia de la salvación, sabiamente conducida por la mano de Dios.

Jesucristo cumple en sí mismo muchas de las profecías sacerdotales del Antiguo Testamento. Desde el primer momento de su existencia, dice la Carta a los Hebreos, que Jesús entra en el mundo ofreciendo su cuerpo (Hb 10, 5): **«aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»**, proclamando ese famoso «Hinneni» hebreo, la respuesta de docilidad

con que los elegidos de Dios se entregan a su misión. En su presentación en el templo, a diferencia de los primogénitos de Israel (Ex 13, 13), Jesús no es rescatado, sino que queda ofrecido al no aparecer la entrega del primogénito animal sustitutoria. José y María solo ofrecen los pares de tórtolas y pichones, que eran lo prescrito por la ley para la purificación de la madre. De alguna manera, así se significa su dedicación al santuario de Dios para siempre como sacerdote, «a las cosas de Su Padre» (cf. Lc 2, 49), un Sumo Sacerdote, en un episodio similar a lo que ocurrió con Samuel en el Antiguo Testamento (1Sam 1, 24-28).

En esa línea hay que interpretar también el episodio de la recogida de espigas de **los apóstoles** en Sábado (Mt 12, 1-8), un paralelo con lo que ocurrió con David y sus guerreros. Como reconoce en un interesante libro un famoso rabino judío, que acaba afirmando la clara presentación divina de Jesús: «Él y sus discípulos pueden hacer en Sábado lo que hacen porque se colocan en el lugar de los sacerdotes en el templo»<sup>4</sup>. La autoridad que Jesucristo confiere a los apóstoles para «atar y desatar» (Mt 18, 18), tiene relación con esa facultad de interpretar adecuadamente la Palabra de Dios, a imagen de los sacerdotes de la antigua alianza.

También la túnica de Jesucristo en la Pasión es descrita como una vestidura sacerdotal, inconsútil, como la que llevaban los sumos sacerdotes según describe Flavio Josefo<sup>5</sup>. Y este sacerdocio de Cristo, que san Juan une a la metáfora esponsal con que describe su Pasión (la corona, el tálamo nupcial, los amigos del esposo...)<sup>6</sup>, es del que hace partícipes a sus apóstoles y sucesores. Como recordaba en la carta que dirigí a los sacerdotes el pasado Jueves Santo, la escena del lavatorio de los pies es en sí misma un rito sacerdotal (Ex 30, 19-21). Y, en el mismo Cenáculo en que instituirá la Eucaristía, y por tanto, consagrará visiblemente a sus sacerdotes diciendo «Haced esto en memoria mía», su diálogo con

---

4 Vid. Jacob Neusner, «Un rabino habla con Jesús» (Madrid 2008).

5 Antigüedades Judías, 3, 159-161.

6 Vid. Brant Pitre, «Jesus, the Bridgroom: The greatest Love Story ever told» (New York 2014).

Pedro hace referencia al «lote» de tierra, a la parte o heredad, que los levitas no recibían porque el mismo Dios iba a ser su herencia. «Si no te lavo, no tienes parte (‘meris’) conmigo». Esa misma noche, la de su consagración sacerdotal en la Nueva Pascua, **formando un todo el rito de la ofrenda incruenta del sacrificio eucarístico con el altar de la cruz**<sup>7</sup>, Jesús reza por sí mismo, por los apóstoles, y por la Iglesia universal en la llamada «oración sacerdotal». Esta oración reproduce la que el Sumo Sacerdote hacía antes de entrar en el Santuario el gran Día de la Expiación (Lev 16, 17), orando por sí mismo y por el pueblo, el único día en que se podía pronunciar en voz alta el nombre de Yahvéh. Y Jesús ora pidiendo que se revele su Nombre, su Gloria, porque Él es el que ES. Pide ser santificado o consagrado en la Verdad, que es una expresión sacerdotal, la de ser consagrado, y que tiene que ver con ponerse en verdad delante de Dios.

Todo ello, antes de renovar y transformar para siempre la Alianza que se había hecho en tiempos antiguos sobre la sangre de víctimas animales, para ser ahora realizada en la Sangre del Cordero Inmaculado, sin defecto ni mancha. «Esta es Mi Sangre, Sangre de la Alianza Nueva y Eterna». Es el «Siervo de Yahvéh» (Is 53), que para los judíos permanecía como una figura misteriosa, porque traería el perdón de los pecados a través de su propio sacrificio (vv. 10-12). San Pablo nos explica que esa alianza es un acontecimiento continuo (1Cor 11, 23-24), que Jesucristo ha pedido a los suyos que actualicen constantemente, «en memoria» de esa Nueva Pascua, del paso definitivo de los hombres hacia Dios, atraídos por Él mismo. Es un «**memorial**», que en el hebreo «zikkaron», no hace referencia a un simple recuerdo, sino al sacrificio memorial durante el que se leían los salmos 38 y 70, y que consistía en la ofrenda vespertina en el templo de harina o grano, nunca de carne. De la misma forma, la Eucaristía es el sacrificio incruento, no ya de carne y sangre, sino de la voluntad ofrecida en la victimación de la ofrenda personal, que hace memoria y vuelve a traer los frutos del único y definitivo sacrificio de Cristo, el realizado por el Sumo y Eterno Sacerdote sobre el ara de la Cruz. De su Costado abierto en la Cruz han

7 Vid. Scott Hahn, «La cuarta copa» (Madrid 2018).

brotado agua y sangre, que, en todas las lecturas patrísticas, son una imagen de los sacramentos de la Iglesia, particularmente del Bautismo y de la Eucaristía. Y ese tesoro dispensado por el Hijo del Hombre, es ahora el que están llamados a repartir especialmente los sacerdotes de Jesucristo.

17. Como vemos, todo está interconectado en la Palabra de Dios. Con la misteriosa pedagogía divina, se nos ha revelado un plan de salvación en el que Dios mismo ha querido establecer esas figuras de mediación que son sus sacerdotes. **Los doce** fueron elegidos como representantes de las nuevas doce tribus que configuran el Nuevo Israel, que es la Iglesia. De hecho, cuando desaparece Judas, los Apóstoles se sienten en la obligación de completar el número de los Doce elegidos, mediante un procedimiento veterotestamentario narrado en los libros de Esdras y Nehemías, las suertes del «urim-tummim», para que Dios manifestase quién era el elegido, con la única condición de que hubiera sido testigo de la Resurrección de Cristo, y así es elegido san Matías.

A partir de ese momento, las narraciones apostólicas nos muestran cómo los apóstoles se sintieron comisionados por el Señor para elegir a sus sucesores, a los que pasarían sus encargos esenciales. Ya en el Nuevo Testamento tenemos descritos los tres grados del sacramento del orden: **obispos, presbíteros y diáconos**. Aunque las funciones no estuvieran perfectamente delimitadas del todo, estos tres grados del sacramento del orden se consideran de institución divina. Más tarde, surgirán otras órdenes, servicios o ministerios, estos ya de institución eclesiástica, como los de lector, catequista, acólito... pero de este particular hablaremos más adelante. En cualquier caso, los historiadores están de acuerdo en considerar que, en las cartas de san Ignacio de Antioquía, en la generación inmediatamente posterior a la apostólica, la Iglesia ya se organiza tal cual hoy la contemplamos. Aunque el término «orden» es aportado por Tertuliano algunos años más tarde, los ministros de Cristo ya quedan establecidos en la revelación divina y configurados en los epígonos de la edad apostólica. Una cadena inin-

terrumpida de imposiciones de manos a lo largo de la historia (porque este fue el rito elegido para comunicar esa potestad divina<sup>8</sup>), conecta la vida de la Iglesia hoy con la vida de Jesucristo, incluso históricamente. Y, por voluntad del Señor, «Su Iglesia» (Mt 16, 18) tiene ese «orden sagrado» que del griego se dice «jerarquía», para repartir la Vida que brota de Cristo Resucitado.

«Es por ello, que el sacerdocio católico no es una mera designación humana. Forma parte del plan de Dios, revelado en Jesucristo y preparado por siglos de historia de salvación. Si es verdad que todo cristiano, por medio del bautismo, está en comunión con Dios Uno y Trino, es también cierto que, a causa de la consagración recibida con el sacramento del orden, el sacerdote es constituido en una relación particular y específica con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo»<sup>9</sup>. Esto da un carácter intrínsecamente relacional al Orden Sagrado, le hace vínculo, **hombre de comunión**, está para unir a los hombres con Dios y a los hombres entre sí, como Cristo en la Iglesia (LG 1). Y esto nos introduce en la segunda dimensión del misterio sacerdotal, su ser «enviado».

## EL SACERDOTE, APÓSTOL, PROFETA Y MAESTRO

18. «Como el Padre me ha enviado, así os envío Yo... Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 21-22). **El sacerdote es un enviado**, que prolonga el envío del Hijo desde el seno de la Trinidad. Para ello, Jesucristo, actuando al modo humano, ha elegido con amor de hermano a algunos de los nuestros, los ha amado, transformado y consagrado de una manera nueva. «Como el Padre me ha amado, así os he amado Yo. Permaneced en mi Amor» (Jn 15, 9). Por esto, el sacerdote nunca actúa en nombre propio. Dice santo Tomás de Aquino, el príncipe de los teólogos, que mientras que, en el Antiguo Testamento, los sacerdotes actuaban como figura de Dios, en la Nueva Alianza actúan en

8 Cf. Ramon Arnau, «Orden y Ministerios» (Madrid 1995), pp. 210 ss.

9 Directorio para la Vida y Ministerio de los Presbíteros, n. 3.

persona de Cristo y en nombre de la Iglesia<sup>10</sup>. Esto supone mucha ascesis y abnegación previa, disposición a no dejarse llevar por los gustos personales y las modas de cada época, sino a proclamar sobre todo la voz de Cristo, el Evangelio vivo que resuena en su Iglesia<sup>11</sup>.

«Nadie, ningún individuo ni ninguna comunidad, puede anunciarse a sí mismo el Evangelio. 'La fe viene de la predicación' (Rm 10, 17). Nadie se puede dar a sí mismo el mandato ni la misión de anunciar el Evangelio. El enviado del Señor habla y obra no con autoridad propia, sino en virtud de la autoridad de Cristo; no como miembro de la comunidad, sino hablando a ella en nombre de Cristo. Nadie puede conferirse a sí mismo la gracia, ella debe ser dada y ofrecida. Eso supone ministros de la gracia, autorizados y habilitados por parte de Cristo. De Él los obispos y los presbíteros reciben la misión y la facultad (el 'poder sagrado') de **actuar *in persona Christi Capitis***, los diáconos las fuerzas para servir al pueblo de Dios en la 'diaconía' de la liturgia, de la palabra y de la caridad, en comunión con el obispo y su presbiterio. Este ministerio, en el cual los enviados de Cristo hacen y dan, por don de Dios, lo que ellos, por sí mismos, no pueden hacer ni dar, la tradición de la Iglesia lo llama 'sacramento'. El ministerio de la Iglesia se confiere por medio de un sacramento específico»<sup>12</sup>.

Esta sagrada misión exige de los ministros del Evangelio una fuerte responsabilidad en la **formación inicial y permanente**, y una continua llamada a la conversión y a la unión con Cristo, no solamente para llegar a estar ontológicamente unidos de una manera nueva con Cristo Cabeza, sino para obrar conforme a ese nuevo ser recibido. Titulábamos este capítulo: «personificación sacramental de Jesucristo», jugando con una expresión que le gustaba repetir al Papa S. Pablo VI: «personificación existencial de Jesucristo», para hablar de los sacerdotes. Y es que cada apóstol de Jesucristo está llamado a dejar ver a Jesús. En la medida en que vivamos más semejantemente como Él, su estilo de vida, su modo evangélico en pobreza, castidad y obediencia, mejor transparentaremos

---

10 *Summa Theologiae*, III, q. 22, a. 4.

11 Cf. Constitución Dogmática «*Dei Verbum*» del Concilio Vaticano II, n. 8.

12 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 875.

al Jesús que nos ha asumido como colaboradores íntimos. Ciertamente, cada uno lo hará con su propio temperamento, pericia, habilidades... Jesucristo no ha elegido ejecutores, sino colaboradores. Pero es igual de cierto que en el sacerdote que vive responsablemente su llamada, hay un cierto «olor a Cristo». «Nosotros somos el buen olor de Cristo» (2Cor 2, 15) dice san Pablo. Un olor que el pueblo santo de Dios sabe reconocer con frecuencia para acudir buscando al Señor. Seremos fecundos en la medida en que dispersemos esta fragancia frente al hedor del pecado (cf. Rm 3, 10ss.). La gente busca a Dios, no tanto a nosotros mismos, y es una tentación permanente en la figura de los que son constituidos en autoridad, la «autorreferencialidad» de la que habla el Papa Francisco, predicarse a uno mismo, invitar a seguir las propias opiniones, dirigir las almas de forma caudillista, en vez de servir de puente al encuentro con el Señor, desapareciendo modestamente cuando eso se ha producido. «Apóstol» significa precisamente el elegido para representar, el enviado para hacer presente.

19. De alguna manera, el sacerdote está llamado también de forma especial a **encarnar la misión del «Profeta»**. Nos recordaba el P. Nelson Medina o.p., que nos visitó para las primeras jornadas de Espiritualidad del nuevo Centro de Estudios de Teología Espiritual (CETE), que esta es una dimensión a veces poco considerada en nuestra espiritualidad sacerdotal. Y de la figura de los profetas del Antiguo Testamento tenemos todavía mucho que aprender, sobre todo en lo que se refiere a la libertad interior necesaria para escuchar la Palabra de Dios con asiduidad, y a iluminar los tiempos que nos han tocado vivir. En esa conferencia, se nos ilustraba con la famosa diatriba entre Jeremías y Ananías (Jer 28). Mientras que el faso profeta insistía en anunciar que no pasaría nada, que Jerusalén no sería destruida, y que no había que temer ningún castigo, Jeremías, con rubor y santo temor, anunciaba lo que había recibido como un oráculo de conversión. Si los judíos no se convertían, verían caer Jerusalén como había caído la capital del reino del norte años antes. Y Jesucristo pone en el centro de su predicación esa misma llamada: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). Y avisa de que

«si no os convertís, pereceréis de la misma manera» (Lc 13, 3). A veces tenemos la tentación de anunciar un evangelio descafeinado que no convierte a nadie, que busca halagar los oídos y contemporiza con las conciencias falsamente anestesiadas. Y los tiempos no están para eso. Como decía santa Teresa: «Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo —como dicen— pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que, por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia»<sup>13</sup>. El remedio que pone la santa castellana es: «que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que ésos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo».

20. Cuando hace 50 años, mi predecesor, el inolvidable Cardenal González Martín, publicó su Carta Pastoral **«Un seminario nuevo y libre»**, muchos entendieron la libertad interior y la audacia con que don Marcelo interpretó la renovación surgida del Concilio Vaticano II para responder, desde la Iglesia, a las exigencias de nuestro tiempo. Como un padre de familia, supo combinar la tradición perenne con las nuevas situaciones y métodos que se planteaban, lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52), con un sereno y profundo espíritu de discernimiento. Aquella carta se escuchó en el mundo entero, tras ser publicada en *L'Osservatore Romano*, y atrajo multitud de vocaciones a nuestro seminario. Más de mil sacerdotes se han formado en nuestras aulas en estos últimos cincuenta años. Todo un milagro de la gracia, que seguro que ha llegado por la fidelidad a Jesucristo de todos: obispos, formadores, profesores, seminaristas, presbiterio... Una formación recia en lo humano y en lo teológico, combinada con una piedad sincera y preocupada por las necesidades de los hombres de nuestro tiempo en lo pastoral. Tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios, porque en estos 50 años hemos recibido, sobre todo, una lluvia de vocaciones sacerdotales que

---

<sup>13</sup> Camino de Perfección, 1.



hoy enriquecen a la Iglesia universal, en forma de misioneros, obispos, y apóstoles de toda condición. Tendremos ocasión de celebrarlo juntos el próximo **23 de enero**, en el **jubileo sacerdotal** al que os convoco con ocasión de la Solemnidad de nuestro santo patrón, **San Ildefonso**.

Pero ya, desde ahora, mi mente y mi corazón sueñan con un Seminario que siga siendo faro y referente en este inicio del tercer milenio. No podemos bajar el listón de nuestros esfuerzos académicos, por mucho que los sistemas educativos hayan producido una progresiva devaluación de la formación intelectual, humanista y religiosa. No podemos conformarnos con un barniz de piedad en un tiempo en que los fuertes vientos de la secularización tienden a mundanizar nuestras costumbres y solo se les puede combatir con una vida espiritual recia y constante. No podemos entretenernos en batallitas eclesiológicas de progres y carcas<sup>14</sup> cuando se nos pide más que nunca la unidad de la Iglesia para proclamar nítidamente la Palabra de Cristo a un mundo que se muere de sed y de frío. Sueño con **un seminario renovadamente enfervorecido en el Amor y la Fidelidad a Cristo y a Su Iglesia**, del que salgan los sacerdotes que necesita nuestra Archidiócesis de Toledo, y que están desapareciendo de la Iglesia en España y en tantas otras partes del mundo. El espíritu de don Marcelo no puede ser un simple recuerdo nostálgico, sino un regalo y una responsabilidad de todos.

Nuestro **Seminario Menor** cumplirá el próximo curso los 100 años de su fundación, y estamos enormemente agradecidos a cuantos han contribuido a hacer de este semillero un ambiente propicio para el descubrimiento de la vocación de los que han sido llamados a primera hora. Son muchos los sacerdotes de nuestra archidiócesis que comenzaron su andadura vocacional en ese claustro de san José, con la mirada fija en el Jesús adolescente que preside su capilla. Y nuestro **Seminario Mayor** es, probablemente, la mayor riqueza espiritual con la que cuenta nuestra Iglesia particular, un hecho diferencial en el que se fijan muchos y que nos da la «llave de la cosecha», la clave de la vitalidad de nuestra Iglesia diocesana. Yo mismo tuve ocasión de formarme entre sus muros. Bajo la mirada de la Inmaculada, con largos baños de Eucaristía en ese

---

14 Vid. Luis María Mendizábal, «La Dirección Espiritual» (Madrid 2018<sup>2</sup>), pp. 293-300.

Sagrario, y presididos por el Corazón de Jesús de su claustro noble. El Seminario y el **Instituto Teológico** que están bajo el mismo patrocinio de San Ildefonso ha dado a la Iglesia una generación de sacerdotes marcadamente marianos, como el santo arzobispo toledano, que han estudiado una sana teología y que han respirado un clima de profunda espiritualidad sacerdotal, con grandes maestros y santos. Somos deudores, también, del testimonio de los mártires de la persecución religiosa del siglo XX, algunos de ellos ligados a la formación sacerdotal. Y de generaciones de sacerdotes, consagrados y laicos, que han dado su vida por las vocaciones sacerdotales. La mejor **campaña vocacional** la hace un sacerdote enamorado de su vocación, al que se le ve alegre haciendo lo que hace, y que lleva un tono de vida entregado, para el que se requiere vocación. En este año, pidamos al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Gracias a Dios, este curso recogeremos una buena siembra de ordenaciones diaconales y sacerdotales con las que cerraremos el curso pastoral en el evento que cada año convoca a más fieles de lo largo y ancho de la geografía diocesana.

21. Fruto de esa buena formación, el sacerdote puede ser en verdad Maestro con Cristo Maestro, que es el verdadero Maestro interior con la luz y la moción del Espíritu Santo. De los diversos aspectos de la vida sacerdotal que le constituyen en Ministro del Evangelio, me parece especialmente importante el cuidado de **la homilía**. Lo señalaba el Papa Francisco al inicio de su pontificado, en su exhortación apostólica programática «*Evangelii Gaudium*». Tenemos ocasión de llegar a muchos millones de personas cada domingo, iluminando su vida desde la Palabra de Dios. Recientemente, a los últimos sacerdotes que ordenaba, les pedía que predicasen cada día también, al menos dos o tres minutos. Pero lo cierto es que esa predicación dominical, bien cuidada, puede ser la única palabra sobre Dios que llegue a multitud de personas cada semana. Por ello, os pediría, queridos hermanos sacerdotes, que no dejaseis a la improvisación o a la copia de textos preparados esos diez minutos de homilía que deberían impulsar la vida cristiana de todas nuestras comunidades.

Se nota mucho quién se ha predicado a sí mismo antes de predicar a los demás. Benedicto XVI recomendaba una práctica personal, que es la de leer el evangelio de cada domingo al inicio de la semana, e ir rumiando sus diversos aspectos durante todos esos días previos a su proclamación. Toda homilía, en el fondo, es un desarrollo de la homilía que Jesús hizo en la visita a la sinagoga de su Nazaret natal, una **actualización de la Palabra de Dios** capaz de comunicar que: «Hoy se cumple esta palabra que acabáis de oír» (Lc 4, 21). La homilía podría ser la pieza maestra de cualquier clase de oratoria, por su tamaño proporcionado, por el contexto litúrgico en que se envuelve, por el texto y la vida a los que remite. Pero es mucho más que eso. Decía el Papa Francisco: «En la homilía, la verdad va de la mano de la belleza y del bien. No se trata de verdades abstractas o de fríos silogismos, porque se comunica también la belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien. La memoria del pueblo fiel, como la de María, debe quedar rebosante de las maravillas de Dios. Su corazón, esperanzado en la práctica alegre y posible del amor que se le comunicó, siente que toda palabra en la Escritura es primero don antes que exigencia»<sup>15</sup>.

En alguna ocasión, Benedicto XVI manifestaba el asombro por que la Iglesia haya sobrevivido a tantas malas homilías semana tras semana. En cambio, me da la impresión de que, en nuestro presbiterio, como tónica general, hay un buen nivel en la predicación. Y, no obstante, creo que podemos mejorar también. En el fondo, las palabras hablan cuando habla la vida, que refrenda las palabras. Un corazón atento habitualmente a la Palabra de Dios, aunque repita muchas veces las mismas verdades, hace que sus palabras vayan henchidas del fuego del Espíritu Santo, de la unción de la caridad, que es el mejor modo de grabarlas en los corazones de los fieles. Escuchar mucho para hablar mucho, al Señor y a nuestras almas. Recuerdo aquello que contaban que pasó entre el P. Alfonso Torres, erudito predicador del siglo pasado, y el P. Nieto, un santito jesuita de corazón muy sacerdotal. Ante las multitudes que acudían a escuchar al P. Nieto, el P. Torres decidió acercarse a ver

---

15 Francisco, Exhortación Apostólica «Evangelii Gaudium», n. 142.

cómo lo hacía, y salió medio decepcionado, diciendo: «Si no dice nada... más que repetir que Dios es bueno, que Dios nos ama...». Pero cómo lo diría, con que fe lo comunicaría... que los que lo oían se lo creían y lo necesitaban escuchar. A veces, la vida va por delante también en la predicación de la Palabra de Cristo. Esto no significa que haya que fiar todo a la inspiración del Espíritu Santo, sino que hay que preparar lo que queremos decir y cómo lo queremos transmitir. El Papa Francisco recordaba aquello de que una homilía debe contener «una idea, un sentimiento, una imagen». Y muchos oradores han subrayado el carácter «casi mágico» que tiene el número tres, para la memoria y el ritmo de la pieza homilética, no sé si tendrá algo de «vestigium Trinitatis»... En cualquier caso, queridos sacerdotes, el pueblo tiene derecho a una homilía que alimente y prepare a recibir a Cristo vivo en la Eucaristía. El ministerio de la Palabra, como decía el Concilio, ocupa la parte más extensa del ministerio sacerdotal, y a veces, es lo más urgente en un mundo que se aleja de Dios o que ni siquiera ha oído ya el Evangelio. «La fe viene por el oído» (Rm 10, 17), y con la palabra de los pastores, se comienza la construcción de la Iglesia, en ese proceso complejo que es la «evangelización», llamada a renovarse en su intensidad en esta época.

### EL SACERDOTE GUÍA Y SIERVO DEL PUEBLO DE DIOS

22. El Reino de Dios, que no es como los reinos de este mundo, sigue **una lógica particular**. «El que quiera ser primero entre vosotros, sea siervo de todos, como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20, 27-28). Jesucristo ha pedido a sus apóstoles ser «pastores» de la grey, con las consiguientes obligaciones de conducción, protección, entrega y guía que describe muy bien la alegoría del Buen Pastor (Jn 10). Sin embargo, esa responsabilidad no es una dignidad de preeminencia social, sino un destacarse en el camino de seguimiento del Maestro. «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis

lavaros los pies los unos a los otros» (Jn 13, 13-14). Para organizarse, la vida de la Iglesia entregó a sus líderes una potestad que presupone la cercanía del seguimiento corporal de Jesucristo por parte de sus más estrechos colaboradores. Cuando el sacerdote va por delante del pueblo en la vivencia de la fe, el pueblo escucha su voz y reconoce a Jesucristo como verdadero Pastor de nuestras almas.

Esto es distinto de negar la **naturaleza jerárquica de la Iglesia**, que no funciona, sin embargo, como una multinacional. Por eso, el Papa está insistiendo en la **naturaleza sinodal del Pueblo de Dios**. Es una especie de co-principio que modela el misterio de comunión que es el Cuerpo de Cristo. Jerarquía y sinodalidad: orden sagrado y camino compartido, donde el valor máximo es la caridad, pero no una caridad amorfa, sino la del «orden del amor» que predicaba con precisión san Agustín. Estos principios no pueden ser olvidados ni por pastores ni por fieles. Debe haber un respeto y docilidad a las indicaciones de los pastores para salvaguardar la fe y la unidad de la Iglesia, a la vez que los pastores deben destacarse en la virtud y en el espíritu de servicio a los fieles. Fijémonos en dos episodios históricos que han deformado este equilibrio.

El primero ocurrió en **tiempos de san Jerónimo**. Hubo algunas comunidades eclesiales que se empeñaron en que los ministros de la Iglesia debían ser elegidos por el pueblo, en una especie de «democratización» extrema y extraña a las indicaciones del Evangelio. Tuvieron que intervenir varios concilios prohibiendo esa práctica. Así, en el concilio de Laodicea, en el año 320, se determina que la turba no ha de elegir a quienes han de ser constituidos sacerdotes. Y en el canon 4 del I Concilio de Nicea, en el 325, se dispone que la elección del obispo la lleven a cabo los restantes obispos y la confirme el metropolitano. San Jerónimo, entrando en las razones de esta polémica, da su particular explicación al respecto. Con su estilo propio, argumenta Jerónimo contra Joviniano, intentando explicar por qué la Iglesia admite en el ministerio a los hombres casados. Toma como punto de referencia los textos de la primera carta a Timoteo y los de la carta a Tito en los que se consiente que el obispo sea casado, y opina que, debido a la rudeza

de los hombres, Pablo no se atrevió a presentarles los principios de la perfección cristiana, y por ello consintió el matrimonio de los sacerdotes. Y si de hecho la Iglesia admitió el matrimonio entre los ministros, añade Jerónimo, es porque en la elección de los ministros dominan quienes no buscan a los mejores, sino a los más acordes con su vida poco abnegada. Con ocasión de exponer este pensamiento suyo, afirma que el juicio del vulgo se equivoca muchas veces, y, al elegir a los ministros, la mayoría procura favorecer a sus propias costumbres y no busca a los más perfectos, sino a sus semejantes. Con frases rotundas afirma que la plebe no elige a los mejores, sino a los más astutos<sup>16</sup>. El temperamento fogoso de san Jerónimo le hizo rechazar de plano lo que podría haberse convertido en un **error eclesiológico**. Pero lo cierto es que, aunque en el ordenamiento de la Iglesia hay espacio para combinar lo mejor de todos los regímenes de organización social (democracia, aristocracia, monarquía, frente a demagogia, oligocracia y tiranía, como señalaba Aristóteles y repetía santo Tomás de Aquino), la estructura eclesial visibiliza que «el poder viene de lo alto» (cf. Jn 19, 11), esto es, de Dios.

Años más tarde, en la **reforma protestante**, hubo un intento más radical de horizontalizar la Iglesia, suprimiendo la diferencia esencial que hay entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial. Lutero negó el sacerdocio ministerial, prescindió de la relación entre sacerdocio y Eucaristía proponiendo la predicación como obligación primaria, negó la sacramentalidad del orden por considerar que no consta en el Nuevo Testamento y equiparó a los párrocos con los obispos. De esa visión nacen algunas propuestas contemporáneas que intentan desnaturalizar la Iglesia de Cristo. En cambio, hay que decir que es cierto que el sacerdocio ministerial se ordena al sacerdocio común de los fieles, y así hay que entenderlo, como un regalo sacramental con el que Jesucristo ha querido hacer visible su mediación en el desposorio con la Iglesia. Somos sacerdotes para que cada fiel

---

16 JERÓNIMO, *Adversus Jovinianum*, I, 34 PL XXIII, 258: 'Nonnunquam errat plebis vulgique iudicium, et in sacerdotibus comprobandis, unusquisque suis monbus favet, ut non tam bonum, quam sui similem quaerat propositum. Interdum hoc et pontificum vitio accidit, non meliores, sed argutiores in clerum eligunt, et simpliciores quosque atque innocentes inhabiles putant. Quodque his peius est, illis clericatus donant gradum'.

cristiano viva su sacerdocio, su ofrenda a Dios como «culto razonable» (Rm 12, 1) que va transformando las estructuras terrenas con la capilaridad propia del apostolado de los laicos. De nuevo urge una visión equilibrada que complemente la naturaleza jerárquica de la Iglesia, con los **ministros ordenados como guías del Pueblo de Dios**, con la naturaleza comunal del Cuerpo de Cristo, donde todos los miembros son necesarios para llevar adelante su Misión, con **corresponsabilidad, y participación de todos**.

23. Cada sacerdote ha sido marcado para siempre con el sello del **«carácter sacerdotal»**, que es como una fuente permanente de renovación espiritual en su alma. Y este regalo le ha sido dado en beneficio de todos. Frente a los errores donatistas de la edad antigua, la Iglesia siempre ha subrayado que los sacramentos celebrados por cualquier ministro son plenamente válidos, y no dependen de la santidad del mismo. Si Pablo bautiza, es Cristo quien bautiza, si Apolo bautiza, es Cristo quien bautiza. Esta verdad es esencial para mantener la vida de la Iglesia y requiere la ayuda y el reconocimiento de todos de este regalo sacramental que hemos recibido en la **autoridad de los ministros**. Es cierto que la instrumentalidad de cada sacerdote no es igual en las acciones sacramentales que en el resto de las acciones de gobierno o predicación, donde sí que cabe el error o el defecto. La infalibilidad solo le está reservada a la Iglesia en su conjunto, o al Papa y al Concilio con el Papa en determinadas cuestiones de fe y costumbres con las muchas condiciones que explicitó el Concilio Vaticano I. No obstante, la prudencia y el sentido de Iglesia nos invitan a la humildad, al no considerar el Magisterio de la Iglesia como una opinión teológica más, y al reconocer en las indicaciones de los pastores de la Iglesia un principio de sana autoridad que sirve a la unidad, y que debe ser ejercitado siempre en la verdad y en el amor.

24. Desde hace algunas décadas, se ha encontrado una clave para describir lo que la Iglesia espera de sus sacerdotes, y que aúna algunas visiones parciales anteriores. El sacerdote es el hombre de Dios, pero no

en una vida monástica; el sacerdote es el hombre de la Palabra, pero no un simple erudito en Teología; el sacerdote es el hombre de la comunión, pontífice (hacedor de puentes), pero no un simple agente social... La noción que emergió en el Concilio Vaticano II para describir la llamada a la santidad sacerdotal es la de **«caridad pastoral»**. Si la llamada a la santidad es una llamada a la perfección en la caridad, en el caso del sacerdote, esa caridad se configura como una reproducción del Amor del Corazón de Cristo, Buen Pastor. Ya decía el Cura de Ars que el sacerdocio es el amor del Corazón de Cristo. Y en esa expresión me parece entender que hay rasgos que apuntan al misterio que habita en la persona del sacerdote, a la fuente que irriga la vida de la Iglesia, y al carácter humano y tangible del amor con que Dios nos ha hecho visible la pasión de la Trinidad por el hombre en la perpetuación fiel del sacerdocio en la Iglesia. Describir la vocación sacerdotal en términos de caridad pastoral ayuda a superar los reduccionismos sacramentalistas, academicistas, ministerialistas o pastoralistas con que, a veces se ha descrito el perfil del sacerdote católico. Nuestra vocación es a un amor que da la vida por las ovejas, que se hace visible afectiva y efectivamente, que se expresa en la entrega indivisa del corazón a Jesucristo en su Iglesia por el **celibato**, «no anteponiendo nada al Amor de Cristo». La santidad del sacerdote no es la de una mística alienante, ni la de un activismo extenuante, ni la de una estudiosidad estéril, sino más bien la de la ordenación virtuosa de todas esas dimensiones que marcan la configuración permanente con el Señor, a nivel humano, intelectual, espiritual y pastoral. Como decía san Juan de la Cruz, «donde no hay amor, pon amor y sacarás amor», y el tesoro del que brota la fecundidad de nuestro ministerio es el amor misericordioso y fiel que hemos descubierto en el Corazón de Cristo, y que nos hace «primerear», amar primero, amar más, especialmente a los más pobres y necesitados, a aquellos que no nos pueden devolver pagándonos, como una rúbrica de la autenticidad del anuncio del Evangelio. «Los pobres son evangelizados» (Lc 4, 18).

25. En este orden de cosas, permitidme decir una palabra sobre el **ministerio de los diáconos**. Propiamente, ellos no son sacerdotes, pero



si ministros de la jerarquía de la Iglesia, constituidos desde los primeros momentos para ayudar a los Apóstoles en el servicio de la caridad y de la evangelización en general. Como sabéis, desde hace algunos años, mi predecesor D. Braulio Rodríguez estableció en nuestra archidiócesis el itinerario de formación para que tuviéramos entre nosotros diáconos permanentes. Este ministerio, perdido en su forma estable durante siglos en la vida de la Iglesia, fue recuperado por la reforma del Concilio Vaticano II, y ya hemos vivido la ordenación diaconal de un candidato a esta vocación. En preparación hay algunos vocacionados más y, en breve, enriqueceremos este colegio diaconal que ayuda especialmente al Obispo en ciertas necesidades de la vida de la Iglesia. Como responsable que soy a nivel nacional del diaconado permanente, he sido testigo de cómo una vocación de este tipo puede transformar una familia entera en el servicio generoso a la Iglesia y al tesoro que son sus pobres. Y he visto cómo muchas comunidades reciben una ayuda permanente y sólida en estos ministros que se configuran particularmente con Cristo Siervo. No tengamos miedo a acoger esta nueva riqueza que nos brinda la Iglesia. Pido a los párrocos y responsables de comunidades eclesiales que nos ayuden en el discernimiento para descubrir a personas que puedan tener esa vocación de Dios. La tarea de cada párroco es la de ayudar a los fieles a descubrir su lugar en el Cuerpo de Cristo, no guiados por sus propios gustos o preferencias, sino en fidelidad a las necesidades de la Iglesia y a la obra de Dios en cada alma. Ese es el buen «director de orquesta», el que orienta vocaciones en todas las direcciones, y no en una sola. Cada sacerdote, como director o acompañante espiritual, tiene una misión muy importante en el crecimiento de las semillas de vocación que el Divino Sembrador ha puesto en cada persona.

26. Ser **personificación sacramental y existencial de Cristo** es una tarea que desborda nuestras pobres fuerzas, y no sería posible si el mismo Señor no nos hubiera asumido en esa amistad fiel con que nos ha elegido, consagrado y enviado a donde piensa ir Él mismo (cf. Lc 10, 1). En todo caso, el camino pasa por esa triple configuración con Cristo

Sacerdote, Maestro y Siervo que hemos apuntado en este capítulo. Pasamos ahora a decir algunas palabras sobre ese otro tesoro oculto que es el «sacerdocio real» ofrecido a todos los bautizados y que, unido al sacerdocio ministerial, puede darnos en este año sacerdotal una ocasión única para «ofrecer un sacrificio de alabanza a Dios» (Hb 13, 15) de forma totalmente renovada.

### CAPÍTULO III «UN PUEBLO SACERDOTAL PARA UNA NUEVA MEDIACIÓN CON NUESTRA ÉPOCA»

27. Escribiendo a una comunidad cristiana que vivía en dificultad y persecución, san Pedro escribe su primera carta animando a todos los bautizados a vivir firmes en la fe y caminando en santidad de vida a los ojos del Señor. Y, por dos veces, recuerda que, habiendo llegado los tiempos mesiánicos, se han cumplido las promesas del Antiguo Testamento (v.gr. Ex 19, 5-6), que prometían un **pueblo elegido que sería cauce de bendición para todo el mundo**: eso es la Iglesia. «Acercándoos a Él, [...] también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción de una casa espiritual para un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo. [...] Vosotros sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (1Pe 2, 4-5.9).

#### EL SACERDOCIO COMÚN DE LOS FIELES

28. No tendría ningún sentido un sacerdocio ministerial sin un pueblo con el que mediar. De hecho, el sacerdocio ministerial se ordena a que los fieles puedan vivir su sacerdocio ministerial, y así, **consagrar las realidades temporales** en que viven ordinariamente, haciendo llegar la gracia de Cristo a todos los sectores de la vida del hombre. Decimos, a veces, que el sacerdocio es eterno, pero no lo es en cuanto

ministerio, pues desaparecerá en el cara a cara del cielo, cuando cada bienaventurado vea a Dios tal cual es, sin necesidad de mediación alguna. El sacramento del Orden encuentra el valor de su intercesión fundamental ayudando a cada bautizado a vivir en plenitud su propia vocación, animando a todos a cantar las alabanzas del Señor, llegando, a través de la capilaridad del apostolado de los laicos, a instaurar todas las cosas en Cristo, para gloria de Dios y bien de las almas. La constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II subrayó esta complementariedad: «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios. Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante»<sup>17</sup>.

29. San Pablo habla también de la vida cristiana como un **«culto razonable»**, usando la imagen del sacerdocio para explicar lo que se esconde detrás del ofrecimiento a Dios de nuestra vida que se realiza en la consagración bautismal: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rm 12, 1-2). Se trata de una invitación a ofrecer la vida como respuesta agradecida al amor total de Dios por cada uno de nosotros, que nos ha salvado y liberado para abrirnos las puertas de la eterna comunión con Él. Ese **ofrecimiento de la vida** es, podríamos decir, lo que da valor santificante a todas nuestras acciones. Entregar la vida por amor es el summum de ese nuevo

---

<sup>17</sup> *Lumen Gentium*, n. 10.

sacerdocio que hemos recibido por nuestro bautismo, y por el que, completamos en nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo (Col. 1, 24). Es un misterio que se nos haya ofrecido la posibilidad de colaborar con Cristo en la obra de la Redención del mundo. Lo que Él ha hecho de una vez para siempre de forma objetiva, tiene que verse apropiado por cada hombre de modo subjetivo, y a esa fase de extensión de la obra redentora es a la que nos ha invitado como colaboradores y verdaderos participantes en su único sacerdocio respecto de toda la humanidad.

Esta espiritualidad del ofrecimiento de la vida, del ofrecimiento de obras, ha cuajado entre nosotros de forma muy especial a través del **Apostolado de la Oración**, que ahora han llamado Red Mundial de Oración del Papa. Muchos sacerdotes en nuestra archidiócesis han cultivado esa forma de vivir ofreciéndolo todo, lo bueno y lo no tan bueno, siguiendo la estela de grandes maestros espirituales y enseñándolo a vivir a muchos de nuestros fieles. Movimientos familiares y juveniles, hermandades del Sagrado Corazón, y otros muchos grupos parroquiales se concentran cada año en la Jornada Diocesana del Apostolado de la Oración, que es un recordatorio para todos de la importancia de lo esencial. Todo el resto de actos de evangelización reposan sobre ese requisito imprescindible y accesible a todos: ofrecernos con Cristo, en el altar de la Eucaristía y de la vida. Ese ofrecimiento renovado cada día, y hecho de veras, da esa sintonía de corazón con Él, esencial para hacer, sobre todo, su voluntad. Y la búsqueda de esa unión de voluntad es el gran sacrificio espiritual del que habla san Pablo como nota esencial de nuestra vida cristiana.

30. San Agustín decía: «De la misma manera en que llamamos cristianos a todos los bautizados, en virtud del único Crisma, también les llamamos sacerdotes, porque son miembros del Único Sacerdote»<sup>18</sup>. Podemos ofrecer, con un gran valor a los ojos de Dios, todas nuestras acciones y sufrimientos, con el alma sacerdotal que hemos recibido. De alguna manera, esta asociación de nuestra vida a la ofrenda de Cristo queda significada en la indicación que hace el Misal Romano, cuando

<sup>18</sup> «La Ciudad de Dios», XX, 10.

invita a los fieles a participar llevando al altar las ofrendas con que se va a hacer la oblación eucarística, significando que **de redimidos por Cristo queremos pasar a ser redentores con Cristo**. Y, para ello, la actitud fundamental es la de la fidelidad para vivir con Él los gozos y los dolores, las luces y las sombras, todo lo que la Providencia nos ofrezca para vivir por Cristo, con Él y en Él.

Una de las diferencias fundamentales entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial es que los fieles cristianos no expresan primariamente su sacerdocio en la liturgia, sino en la vida, viviendo ordinariamente en las propias obligaciones familiares y profesionales con el espíritu extraordinario que hemos recibido por la gracia. Cuando el sacerdote dice en la Misa: «Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro...», ese vuestro indica la ofrenda de la propia vida asociada a la ofrenda del Cuerpo y la Sangre de Cristo para que el mundo viva de Él.

Cada fiel bautizado está llamado a intentar santificar el llamado «orden temporal», la sociedad ordinaria. Los profesores ejercen su sacerdocio común llevando la luz de Cristo a sus compañeros y estudiantes, con excelencia, apuntando en sus disciplinas a la «Luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Jn 1, 9). Los políticos lo hacen trabajando por el bien común, los agentes de seguridad trabajando por la paz social... Podríamos seguir indefinidamente. En todos los casos, intentando vivir con Cristo y con los sentimientos de Cristo (Flp 2, 5). Cuidando una vida interior que es fuente de fecundidad en nuestras tareas cotidianas, con tres elementos que se deducen de la doctrina de la Iglesia sobre el sacerdocio común: **oración, sacrificio y competencia profesional**. En ese sentido, el hábito de la oración es como el suelo sobre el que se edifica toda vida cristiana. El sacrificio es toda la dimensión ascética de nuestra vida espiritual, posponiendo el «yo» en favor de los que estamos llamados a amar. Y la excelencia en el desempeño de nuestras obligaciones nos invita a actuar con atención al detalle, competencia profesional y amor en todo. Toda esa vivencia se convierte en apostolado, directo o indirecto, cuando tenemos como deseo fundamental del corazón que nuestra vida anuncie el tesoro que hemos conocido en

Jesucristo. Esa llamada al apostolado es fundamental también en la vida de todo cristiano. Y se vive de muy distintas formas. El Magisterio de la Iglesia reciente nos invita encarecidamente al apostolado asociado, en grupos de vida cristiana, movimientos...

### UN AÑO SACERDOTAL

31. «El seglar sin el sacerdote puede poco; el sacerdote sin el seglar puede más; pero el sacerdote con el seglar, unidos a Dios, lo pueden todo en Aquel que les conforta (cfr. Flp 4,13)»<sup>19</sup>. Nuestro deseo es que este año sirva para que se vuelva a manifestar la **complementariedad de las vocaciones** en este año sacerdotal que hemos convocado, y que viene tras haber dedicado un año a la vocación laical y otro a la vida consagrada. Hoy más que nunca necesitamos una Iglesia unida con una misión compartida y una vivencia orgánica de la llamada de todo el Pueblo de Dios a la **santidad** que Cristo nos quiere regalar, para brillar como lumbreras del mundo mostrando una razón para vivir (cf. Flp 2, 15). En una época que ha denostado voluntariamente la figura del sacerdote, me parece que tenemos la obligación de volver a mostrar la grandeza de esa vocación, de la que dependen tantas cosas en la vida de la Iglesia y del mundo. El apoyo de todos los laicos y consagrados a nuestros sacerdotes quiere ser un grito de agradecimiento por todos los beneficios espirituales que han llegado a nuestras vidas a través de manos sacerdotales. No vivimos tiempos fáciles para nuestros pastores. La «soledad sonora» con que cada sacerdote vive necesariamente su entrega celibataria, se convierte, a veces, en soledad apostólica, en lugares en que no se encuentran colaboradores que compartan la pasión por Jesucristo y que colaboren activamente en la construcción de la Iglesia en las diversas comunidades locales. Ojalá este curso sirva para hacer refulgir el tesoro que se nos ha dado con la ofrenda de la vida de nuestros hermanos, los sacerdotes. Para ello, nos hemos planteado tres objetivos fundamentales que paso a describir, con sus líneas de trabajo y acciones previstas, que podrán ser enriquecidas, obviamente, con las

---

19 E. Suhard, Dios, Iglesia, sacerdocio (tres pastorales). Rialp, Madrid, 1965, p. 31

propuestas de delegaciones, secretariados, parroquias, arciprestazgos... Os invito a una sana «imaginación de la caridad», para que este año sacerdotal sea una fuente de bendición para todos.

32. El **primer objetivo** de este año sacerdotal tiene que ver directamente con la vida de nuestros presbíteros. Podríamos resumirlo con las palabras que san Pablo dirigía a uno de los primeros obispos, su gran colaborador Timoteo: «Aviva el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (2Tim 1, 6). Queremos agradecer el don del Sacerdocio de Jesucristo, promoviendo la vocación sacerdotal y la llamada a la santidad de los ministros ordenados. Volvemos a enamorar del tesoro de la vocación que hemos recibido: Jesucristo Sacerdote.

Para ello, estamos trabajando en un itinerario especial para la formación permanente de nuestro presbiterio, en todas sus dimensiones: humana, intelectual, espiritual y pastoral. Me gustaría que este año todo nuestro presbiterio se sintiera especialmente urgido a participar en las convocatorias de los retiros y la formación por arciprestazgos. El sacerdote que se desconecta de sus hermanos es el que más en peligro vive de apagar su vocación. Cuando nos esforzamos por vivir **la «fraternidad sacramental»** que es la unión con el Obispo y con los hermanos, ofrecemos un signo potentísimo para que el mundo crea. Todos tenemos y necesitamos amigos, pero lo peculiar de la fraternidad es la capacidad de querer a los que no hemos elegido, sino que nos han sido dados, no solo como compañeros cercanos de trabajo, sino como verdaderos hermanos en la fe y el sacerdocio.

Junto a las convocatorias habituales, este año hemos pensado en dos momentos especiales para vivir juntos la gracia de este año sacerdotal. La primera, a la que ya me he referido, es ese jubileo sacerdotal que celebraremos en la fiesta de nuestro santo patrón, san Ildefonso. El próximo 23 de enero os espero a todos para agradecer estos 50 años de bendición que han venido con la refundación de nuestro Seminario tras la publicación de la carta pastoral de don Marcelo: «Un Seminario Nuevo y Libre». La segunda convocatoria será ya en verano, ofreciendo un tiempo de descanso en el Señor compartido, con una propuesta

de oración y formación redescubriendo las oportunidades de nuestro ministerio hoy. Invitamos a todos los sacerdotes y a sus familias, a peregrinar al Santuario de Fátima. Allí nos uniremos a la habitual convocatoria de la Delegación de Familia, para vivir, en la fiesta de Santa María Reina, la **consagración de todo nuestro presbiterio a la Virgen**. Como hijos de san Ildefonso que somos, Ella es el camino más recto para vivir lo que somos y dar a nuestro mundo lo que necesita.

Para ayudar a los sacerdotes en sus necesidades, además, hemos querido lanzar un proyecto del que esperamos muchos frutos. Ante las peticiones de algunos fieles, que querían ofrecerse para apoyar la labor de los sacerdotes, he constituido hace algunas semanas, la **Asociación «Betania», como una red de apoyo a los sacerdotes**. Van a comenzar a trabajar este curso, en primer lugar, invitando a muchas personas a unirse. Se trata de un nutrido grupo de almas con sensibilidad sacerdotal, con esa llamada a seguir al Señor sin dejar sus familias y obligaciones profesionales, pero con una sintonía especial con el Señor en sus sacerdotes. Como María, Marta y Lázaro de Betania, amigos de Jesús con los que descansa su Corazón, y que le sostienen en su misión. La Asociación «Betania» nace con el objetivo fundamental de apoyar a los sacerdotes con la intercesión orante, con la ayuda del consejo de profesionales de diversos sectores, y con la colaboración logística y material cuando fuera necesario, en conexión con el Obispo y la vicaría para el clero. Para ello, congregará fundamentalmente tres grupos de fieles que serán sus grupos de trabajo fundamentales: a) Una comunidad de fieles laicos y consagrados conectados para rezar por los sacerdotes, las vocaciones y su santificación. b) Un grupo de profesionales que ofrecen su competencia para atender diversas necesidades de índole sanitaria, psicológica, legal, administrativa... c) Las familias de los sacerdotes, organizadas para acompañar la vocación de sus hijos y hermanos conectando con el sentir de la diócesis y las directrices del obispo diocesano. «Quien a vosotros me recibe, a Mí me recibe» (Mt 10, 40). Con estas palabras, el Señor invitó a todos los hombres a cuidar muy especialmente de sus enviados como representación sacramental de su misma presencia. Con esa vocación, encontramos muchas per-



sonas que han recibido la gracia de vivir especialmente atentas a las necesidades personales y misionales de los sacerdotes de Jesucristo. Espero que los sacerdotes difundan la posibilidad de inscribirse en esta red de apoyo, y que seáis muchos los que nos ayudéis ayudando a nuestros sacerdotes.

33. El **segundo objetivo** está asociado a la vivencia del sacerdocio bautismal de todo el Pueblo santo de Dios. Para ello, las tradicionales convocatorias formativas y de comunión que concitan a toda la diócesis, girarán sobre este particular. En primer lugar, las **XII Jornadas de Pastoral**, que celebraremos, D.m., los días 26 y 27 de enero, en una semana que litúrgicamente está llena de memorias de santos pastores. Queremos que la vida y la palabra de los santos pastores ilumine este año también. Para ello, vamos a promover diversas **publicaciones** que acerquen a todos la doctrina espiritual que nos han legado los santos pastores toledanos, junto a los «mejores hijos de la Iglesia»<sup>20</sup> universal. La enseñanza ofrecida en las Jornadas de Pastoral se complementará con el **Curso de Formación Complementaria**, que cada año profundiza en el tema principal del curso pastoral, y que se celebra cada último viernes de mes, desde febrero, en colaboración con nuestro Instituto Superior de Ciencias Religiosas, un instrumento de formación académica superior que deberíamos aprovechar más. Nuestros **Medios de Comunicación Diocesanos** también colaborarán activamente en ese acercamiento al sacerdocio ministerial y al sacerdocio común. La Escuela Diocesana de Oración y el programa específico de cada año, nos acercará el testimonio y nos asomará a la vida de nuestros sacerdotes y de los que los sostienen.

Por otra parte, la recién constituida **Comisión para la Institución de los Ministerios Laicales**, está trabajando en la configuración del itinerario formativo de aquellos fieles laicos que se sienten llamados a colaborar en el servicio litúrgico y evangelizador de una manera estable y peculiar. Como sabéis, el Papa Francisco ha querido que todos los bautizados puedan optar a ser establemente instituidos como

---

20 Prefacio de la Solemnidad de Todos los Santos.

lectores, acólitos o catequistas. Hombres y mujeres llamados por Dios y reconocidos por la Iglesia para colaborar estrechamente en el ministerio de la proclamación de la Palabra de Dios, de la distribución de la Eucaristía o de la transmisión de la fe. Acogiendo la llamada del Papa, y siguiendo las indicaciones de la Conferencia Episcopal de nuestro país, abrimos ahora el período de formación de estos fieles que, con el discernimiento oportuno, se sientan movidos a asumir esos encargos de forma permanente y en beneficio de toda la Iglesia universal. Es una forma de vivir el «sacerdocio bautismal» especialmente ligada a la vida interna de la Iglesia, una tarea del todo necesaria y una ayuda imprescindible en esta época para nuestras parroquias.

También, a lo largo de este año, iremos preparando el **Congreso Nacional de Vocaciones** que está programando la Conferencia Episcopal Española para el año 2025. De la misma manera que el anterior quinquenio pastoral terminó con un Congreso Nacional de Laicos en el 2020, ahora se está trabajando para atajar una de las necesidades más urgentes de la vida de la Iglesia en España, ante la carencia de vocaciones. De forma especial, en las vocaciones de especial consagración, pero en un planteamiento en el que se entienda que toda vida es vocación, respuesta a una llamada personal e intransferible de Dios en la que todos tenemos que preguntarnos en algún momento de la vida: «Señor, ¿qué quieres de mí?».

34. El **tercer objetivo** será poner en el centro de la vida de nuestra Iglesia diocesana los sacramentos que brotan necesaria y exclusivamente del sacerdote: **la Eucaristía y la Penitencia**. Para ello, vamos a vivir todo este curso con un fuerte acento eucarístico. Por una parte, nunca insistiremos suficientemente en la centralidad de la Eucaristía dominical en cada comunidad cristiana. Es, con toda verdad, la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia, su gran tesoro: Jesucristo vivo en la Eucaristía, ofreciéndose al Padre por nosotros y dándonos como alimento de vida eterna. El cuidado de la **celebración dominical** de la Santa Misa es muy significativo de lo centradas que están nuestras parroquias. El tono y la acogida en la celebración, el silencio y el canto, la participación de los

fieles y la fidelidad a la liturgia tal como la concibe la Iglesia. Deberíamos poner nuestros esfuerzos en celebrar con fe esa Eucaristía para que sea, verdaderamente, nuestra Pascua semanal. Muchos primeros cristianos dieron su vida por ello, como los mártires escilitanos, que acuñaron esa aclamación que bien vale recordar: «Sin el domingo, no podemos vivir».

Por otra parte, durante todo este curso estaremos preparando un **Congreso Eucarístico Diocesano** con el que concluiremos el curso pastoral. Hace ya algunos años, se vivió aquí en Toledo el último Congreso Eucarístico Nacional. Y tenemos, en verdad, una ciudad y una diócesis eucarísticas, marcadas por la celebración anual de la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. Un pueblo que sabe mirar con fe y deshacerse en honores a la Sagrada Hostia, descubriendo, más allá de toda representación imaginativa al mismo Cristo Resucitado de Corazón palpitante, es un pueblo que ha captado la quintaesencia del cristianismo. Nosotros, este año, prepararemos ese colofón eucarístico para el mes de junio. Con diversas sedes que recorrerán diversos puntos de la geografía espiritual de nuestra diócesis, y terminando en Torrijos, donde recientemente hemos agradecido la declaración como Venerable de doña Teresa Enríquez, la loca del sacramento. Viviremos ese evento celebrativo del 5 al 8 de junio próximos.

Me alegra especialmente el fervor eucarístico que están viviendo muchas de nuestras parroquias abriendo **capillas de adoración permanente o perpetua**. Se convierten, allí donde se implantan, en una especie de pulmón espiritual de esa localidad. Casi sin notarlo, los que entran salen ensanchados interiormente, bañados en la gracia de la Eucaristía, y movidos a acercar a otros a esa «cena que recrea y enamora», como diría san Juan de la Cruz. Ojalá un fruto de este curso sea la consolidación y el crecimiento de las capillas de adoración en nuestra archidiócesis.

35. Y, junto a la Eucaristía, la Penitencia, el **sacramento de la Reconciliación**. Es una función específicamente sacerdotal, la que Cristo confirió a sus apóstoles, de perdonar los pecados en su nombre. En un mundo tan necesitado de paz y reconciliación, tenemos que caer en la

cuenta de que las guerras y las discordias comienzan en el corazón de cada hombre. Por eso, vivir en paz con Dios es tan importante, y desde ahí, comenzar toda esa tarea de sanación interior y de reconciliación fraterna que vive necesitando la humanidad<sup>21</sup>.

Sería bueno que explorásemos toda la riqueza que tiene el **Ritual de la Penitencia**, recientemente reeditado, ser propositivos a la hora de ofrecer este sacramento a esta generación que vive tan herida y necesitada de la paz y la alegría del perdón. Por ello, también queremos dedicar las **próximas jornadas del CETE al tema de la reconciliación y la sanación interior**, para el último fin de semana de junio. Además, tenemos que aprovechar los tiempos típicamente penitenciales para explicar y vivir la riqueza de este sacramento. El Adviento y la Cuaresma ofrecen una oportunidad única para vivir ese abrazo de Perdón del Padre que nos invita a pasar al «banquete de nuestro Señor».

Como podéis comprobar, tenemos por delante un año apasionante, en el que todas las iniciativas eclesiales, las que proponemos y las que vosotros desarrollaréis, comparten una mirada a Jesucristo como nuestro Salvador y a la mediación de la Iglesia en la obra de la Redención. Queremos ver y anunciar, ser «testigos de la Misericordia divina».

## CONCLUSIÓN

36. Cuentan de un sacerdote que se encontró con un chaval que no terminaba de descubrir su vocación profesional. En un momento de conversación profunda, el joven le decía: «A veces pienso que quiero estudiar Derecho, para llegar a ser algún día un buen juez. Otras, sin embargo, me enrolaría en la vida política pública o en un servicio social, para trabajar por el bien común de la gente. Pero es que me vienen días en que me apetecería dedicarme al contacto con la naturaleza, ser pastor o pescador, o trabajar en el campo, sembrando y cosechando. Por otra parte, como mi madre, no me importaría ser maestro, para

<sup>21</sup> Vid. Francisco, Carta Encíclica «Fratelli Tutti» sobre la fraternidad y la amistad social.

enseñar a los más jóvenes... Estoy hecho un verdadero lío, pero a la vez, parece que ninguna de esas cosas me llena del todo». El sacerdote, que conocía la grandeza del alma del chico, se dio cuenta cómo se estaba trazando la historia de aquel joven, e intuyó a dónde apuntaba tanta insatisfacción unida a tan nobles deseos, y le preguntó: «¿Y por qué no sacerdote?». El joven quedó descolocado en un primer momento, pero aquella propuesta le hizo rumiar algunos días la voz de su confidente espiritual, y reconocer un susurro más profundo en su corazón, que le decía «**Ven conmigo**». Hoy, este joven es sacerdote de Jesucristo. Que es ser un poco de todo aquello, pero en un orden mucho más alto. Pastor, pescador, sembrador, padre, hermano, abastecedor, guía y servidor, mediador y ministro, maestro y amigo.

37. A vosotros, sacerdotes, os repito las palabras del P. Lacordaire:

«Vivir en medio del mundo sin ambicionar sus placeres,  
 ser miembro de cada familia sin pertenecer a ninguna;  
 compartir todos los secretos;  
 perdonar todas las ofensas;  
 ir del hombre a Dios y ofrecerle a Él sus oraciones,  
 regresar de Dios al hombre para traer perdón y esperanza.  
 Tener un corazón de fuego para la caridad  
 y un corazón de bronce para la castidad;  
 enseñar y perdonar,  
 consolar y bendecir siempre,  
 ¡Dios mío, qué vida!  
 Y esa es la tuya, ¡Oh Sacerdote de Jesucristo!».

38. Y a todos vosotros, hijos muy queridos, miembros de la Iglesia que peregrina en Toledo, fieles laicos y consagrados, os pido que en este año ayudemos a los sacerdotes y vivamos más conscientemente nuestra llamada a la santidad que brota del Bautismo: «Sacerdote, profeta y rey», así nos ungieron a todos. Os invito a rezar conmigo una oración de san Manuel González, gran apóstol de la Eucaristía y del

sacerdocio, que cifró su «sueño pastoral» en un seminario del que brotaran sacerdotes para dar vida a su pueblo. Y que pedía a la Virgen:

‘¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!  
Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre,  
con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades,  
para socorrerlos,  
y con los ojos del alma fijos en  
el Corazón de Jesús que está en el Sagrario,  
ocupemos nuestro puesto,  
el que a cada uno nos ha señalado Dios.  
¡Nada de volver la cara atrás!  
¡Nada de cruzarse de brazos!  
¡Nada de estériles lamentos!  
Mientras nos quede una gota de sangre que derramar,  
unas monedas que repartir,  
un poco de energía que gastar,  
una palabra que decir,  
un aliento de nuestro corazón,  
un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies,  
que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti  
y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos.  
¡Madre mía... morir antes que cansarnos!’

En Toledo, a 15 de agosto de 2023  
Solemnidad de la Asunción  
de la Bienaventurada Virgen María a los cielos  
Fiesta de la Virgen del Sagrario, patrona de Toledo

✠ Francisco Cerro Chaves  
Arzobispo de Toledo y Primado de España



